

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



Cecilia Alfarrina
Biblioteca Universitaria

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

El capitán don Rafael Hermosillo

Su personalidad aparece velada en los testimonios. Sólo una vez hace acto de presencia, pero basta con esa vez para darnos cuenta de que es hombre prudente y audaz a la par. Si muchos de sus soldados salieron a "pasearse" por las contadas calles del vecindario durante media noche fue, sin duda, con su anuencia o disimulo. Los *paseantes* le servían de contacto con la "plebe" y con los criollos, única fuente de noticias para orientarse en aquel medio.

El ambiente era explosivo. Asombra que nada ocurriera al llegar los soldados realistas enviados por el capitán De los Santos a petición de don Pedro José. Dócilmente se dejaron conducir los insurgentes, que andaban de *paseo*, no obstante su embriaguez.

La Historia cita el nombre de don Rafael Hermosillo después de su aventura en el Pilón. Volvió a su papel de emisario en Linares y el sur del Nuevo Santander. Dos hechos consigna el señor Cossío: la prisión de don Francisco María de Torrea, a quien Hermosillo amenazó de muerte y "el secuestro de bienes del español D. Benito Pariente, de Linares".

El historiador Alamán nos entera del fin de las actividades de Hermosillo en estas líneas: "Destacó Bustamante¹⁰ un piquete de su tropa que alcanzó en Cadereyta y cogió a D. Rafael Hermosillo que hostilizaba por aquel rumbo con una reunión de insurgentes".

El coronel don Juan Bautista Carrasco

Personaje insurgente de gran relieve. De su intervención en los acontecimientos de San Mateo queda un pequeño documento en el archivo municipal.

Transcribo el breve, pero valioso escrito que dirige a los vecinos:

"No debieran V.V. incomodar a D. Pedro Borrego por los caballos que V.V. franquearon a nuestros soldados, pues, inmediatamente que éstos lleguen al Saltillo se les devolverán cuanto antes —Dios guarde a V.V. muchos años—. Cuartel Subalterno de Monterrey y enero 20 de 1811."

Y es así como la lectura de un viejo expediente permite rescatar del olvido un episodio más de la Guerra de Independencia.

¹⁰ Realista conocido como el "Capitán Colorado".

PRÓCERES DE LA REFORMA Y DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA

JOSÉ P. SALDAÑA

Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

INTRODUCCIÓN

CONSIDERANDO QUE ES conveniente la divulgación de la Historia Patria, a efecto de que las nuevas generaciones conozcan nuestro origen, las luchas de nuestros antepasados por legarnos un país libre y soberano, me he propuesto escribir pequeñas biografías de personas que por sus méritos en servicio de la patria, son dignos de recordación permanente.

Por fortuna, al lado de los sucesos dolorosos, de las acciones condenables, existen acontecimientos gloriosos y hechos que nos obligan al respeto y veneración merecidos.

Una de las etapas de mayor trascendencia en la vida institucional de la nación comprende la Guerra de Reforma seguida por la injusta intervención francesa.

De esta dolorosa época correspondió a Nuevo León desempeñar un papel brillante. Muchos de sus hombres se destacaron por su valor, decisión, capacidad y entrega sin reservas al servicio de la independencia nacional.

En este modesto trabajo, con la sencillez que corresponde a simples esbozos biográficos, presento las figuras respetables de siete insignes personajes.

GENERAL MARIANO ESCOBEDO

Entre los personajes que se han significado en el Estado de Nuevo León ocupa un lugar de honor el general Mariano Escobedo, cuyo nacimiento

ocurrió el 16 de enero de 1826 en el rancho Labradores del Municipio de Galeana. Fueron sus padres don Manuel Escobedo y doña Pilar Peña.

La formación de Escobedo se debió más que a estudios escolares a su talento natural, a su carácter y a sus inclinaciones hacia las grandes empresas significativas del desprendimiento y el afán de servicio.

Su preparación escolar fue precaria, por carecer el poblado de Galeana de profesores capaces de instruir a la niñez y menos a la juventud. Sin embargo, Escobedo logró adquirir algunos conocimientos de educación en Monterrey en donde estudiaba su hermano Pablo en el seminario conciliar, quien logró terminar la carrera sacerdotal.

Siguiendo los pasos de Escobedo se descubre en él al Autodidacta, cuya facilidad para retener las lecturas a que era tan afecto lo llegaron a colocar en un alto nivel intelectual.

Durante el tiempo de su juventud, con residencia en Galeana se dedicó a la agricultura y el comercio. Hacía viajes frecuentes a poblaciones del interior del país con fines comerciales interesándose, sin quererlo, por las cuestiones políticas del país que se platicaban constantemente.

Entre los asuntos de mayor categoría de que tuvo conocimiento fue lo relativo a las relaciones de México y Estados Unidos del Norte. Cuando el general Pedro Ampudia, jefe militar de Nuevo León, envió a los presidentes municipales con fecha 14 de septiembre de 1846 una circular en la que disponía que de todos los hombres capaces para las armas se presentaran en Monterrey a efecto de estar en condiciones de hacer frente al invasor, entre los hombres que salieron rumbo a Monterrey iba Mariano Escobedo.

Incorporados todos ellos a las tropas defensoras de la ciudad combatieron duramente los días del 21 al 24 del mismo mes de septiembre, iniciándose en esta forma en la carrera de las armas que habrían de darle dolorosos descalabros y grandes satisfacciones.

Rendida la Plaza de Monterrey salieron las tropas mexicanas conservando sus armas, en alto la Bandera Nacional y a tambor batiente. Gran impresión causó a Escobedo aquel desastre, sintiendo al mismo tiempo la convicción de continuar la lucha en defensa de la patria. Pocos días después formando parte de un pequeño contingente comandado por el capitán Francisco Martínez Salazar, derrotaron a una compañía integrada por norteamericanos en el cañón de Santa Rosa cercano a Galeana, haciéndole 37 prisioneros.

Durante la dolorosa etapa de la guerra con la unión Norteamericana, Escobedo continuó prestando sus servicios en las fuerzas del general José López Uraga quien lo ascendió a alférez.

Hecha la paz entre México y Norteamérica, Escobedo continuó en las milicias combatiendo las incursiones frecuentes de los indios bárbaros. Al efecto se formaron en Galeana dos compañías de caballería actuando Mariano Escobedo en una de ellas con el grado de subteniente. Participó en diversos combates que dieron como resultado la ausencia de los indios. En atención a sus meritorios servicios obtuvo sucesivamente los grados de teniente y de capitán de caballería, éste último firmado por el general Pedro de Ampudia.

Magnífico entrenamiento para lo que le esperaba. El Gobierno absolutista de Santa Anna había llevado al pueblo a la desesperación. Con olvido de todo principio de orden y de justicia no había otro camino que el de la insurrección. Así fue que al lanzarse el plan de Ayutla, de todas partes respondían los levantamientos, máxime cuando figuraban como directores los generales don Juan Álvarez y don Ignacio Comonfort, de gran prestigio.

Vidaurri, en su carácter de secretario general de Gobierno se puso sigilosamente en comunicación con los sublevados, y no fue sino un año después cuando asumió una actitud francamente rebelde. El Plan de Ayutla se expidió el 10 de marzo de 1854 y Vidaurri salió de Monterrey hacia Lampazos, en donde lo esperaba el capitán don Juan Zuazua, persona de gran habilidad de organización y de dotes especiales para la guerra.

Con un buen contingente de hombres bien armados atacaron Monterrey tomándolo sin dificultades. Aun cuando Vidaurri se había comprometido a reconocer el Plan de Ayutla, a su movimiento lo tituló "Restaurador de la Libertad". Asumió el Gobierno del Estado constituyéndose a poco andar en cacique del norte. Ayudó mucho en la guerra de tres años; pero se convirtió en una rémora, primero en la guerra contra la Intervención Francesa, para después, en los momentos más difíciles, declararse amigo de la Intervención.

Para Escobedo el cumplimiento del deber era su norma. Encargado del sector de Galeana organizó un buen contingente, el que, unido al de igual grado, don José Silvestre Aramberri, que operaba en doctor Arroyo, incursionaron por Matehuala y otras poblaciones potosinas, combatiendo en Dr. Arroyo con fuerzas del general Valentín Cruz, Gobernador santanista de Coahuila, derrotándolo.

Entre tanto Vidaurri, todavía en actitud de lealtad, sabedor de que el general Guitian marchaba hacia Saltillo en auxilio del general Cruz, llamó a Escobedo a Monterrey formando una columna en la que participaron además Zaragoza y Pedro Hinojosa. El ataque a Saltillo ameritó un gran esfuerzo; pero cayó en poder de Vidaurri.

Siguieron para Escobedo duras jornadas en el interior del país a las órdenes del general Juan Zuazua. Triunfaron en cuantos encuentros sostuvieron con los santanistas, y después de tomar San Luis Potosí, victoriosos, regresaron a Monterrey.

De nueva cuenta, incorporado a las fuerzas de Zuazua, sostiene combates en San Luis Potosí y en otras poblaciones, hasta tomar la Plaza de Zacatecas. Se estaba en plena guerra de la Reforma, en la que conservadores y liberales sabían que en ella se liquidaría una de las dos facciones, así es que se luchaba con ardor.

El papel de Escobedo, con Zuazua, Zaragoza, Degollado y González Ortega, fue de alta importancia. Con el triunfo alcanzó el grado de coronel.

Después vino la Intervención Francesa, siendo su actuación tan brillante que mereció lucir el grado de general de división. Correspondió a él la designación de general en jefe del sitio de Querétaro significativo del derrumbe del llamado Imperio Mexicano, con el fusilamiento en el Cerró de las Campanas, de Maximiliano, Mejía y Miramón.

Durante toda su vida el general Mariano Escobedo hizo honor a las glorias conquistadas en los campos de batalla. Sobrio, honesto y de impresionante modestia, a pesar de haber conquistado puestos como los de Gobernador de Nuevo León, Gobernador de San Luis Potosí, Ministro de la Guerra, Senador...

Murió a los 76 años de edad en Tacubaya, D. F. En sesión solemne de la Cámara de Diputados fue declarado benemérito de la patria. Su nombre está escrito en el frontispicio del salón de sesiones de la Cámara. Sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

GENERAL LICENCIADO LÁZARO GARZA AYALA

Al tratar de nuestros caudillos se impone una penosa reflexión. ¡Cuán olvidados los tenemos! A medida que el tiempo avanza, se aleja de la aten-

ción pública a quienes, a costa de grandes sacrificios, nos dieron bases sólidas en que descansa nuestra nacionalidad.

Las nuevas generaciones no conocen a nuestros prohombres, ni se preocupan por conocerlos. Existe en este particular una lamentable deficiencia que se inicia en la educación primaria y continúa hasta la universitaria.

Uno de esos hombres que merecen recordación eterna es el general y licenciado Lázaro Garza Ayala. Su personalidad llena luminosas hojas de la Historia Patria. Caudillo de limpia trayectoria actuó en los campos de batalla con valor, pericia y dignidad, y en la vida civil se distinguió por su talento, austeridad y honradez intachable.

Originario de Monterrey; nació en 1833. Hizo sus estudios en el Seminario Conciliar siguiendo la carrera de abogado, la que abandonó cuando le faltaba poco para obtener el título.

El ambiente político y social de la época era calamitoso. Al desbarajuste de la Administración Pública, regida por el dictador, general Antonio López de Santa Anna, había que agregar las carencias, aun para llenar las más apremiantes necesidades. Inquietudes y sobresaltos que parecían no tener fin.

Llegaron a conocimiento de Garza Ayala confusas noticias sobre un levantamiento en el Estado de Guerrero, en el que participaban los generales Juan Álvarez e Ignacio Comonfort. Pero en el Estado durante el año siguiente al de 1854, en que fue iniciada la revolución de Ayutla, nada había sucedido que indicara alguna acción contra el Gobierno.

Gobernaba el Estado el general Jerónimo Cardona y fungía de secretario general de Gobierno el señor Santiago Vidaurri, a quien se atribuían cualidades de gran inteligencia y actividad. Para Vidaurri había llegado el momento de actuar por propia cuenta.

A mediados del mes de mayo de 1855 salió de Monterrey sigilosamente rumbo a Lampazos, en donde lo esperaba don Juan Zuazua con un regular número de hombres armados. En plan rebelde reunieron cuantos elementos tuvieron a mano, lanzaron un manifiesto desconociendo los Poderes constituidos y avanzaron sobre Monterrey. Garza Ayala se unió a los rebeldes como simple soldado.

El ataque a Monterrey se realizó durante los días 22 y 23 del mismo mes, siendo para Garza Ayala el entrenamiento de una carrera que lo llevaría a la conquista de la gloria. Su valor y pericia en el combate le valieron su nombramiento de subteniente de la Guardia Nacional Móvil.

El triunfo de las fuerzas de Vidaurri fue completo, revelándose Zuazua como un verdadero estratega. Toda la tropa incluso el general Cardona fueron hechos prisioneros. Vidaurri, por sí y ante sí, se declaró Gobernador del Estado y comandante militar.

Paso a paso fue conquistando Garza Ayala los grados militares hasta obtener el de general de división, la más alta jerarquía en el ejército nacional.

Dadas las proporciones de esta comprimida narración no es posible seguir a Garza Ayala en las numerosas acciones de armas en que participó. En la misma época de su enrolamiento en las filas del ejército liberal actuaban ya, con grados de capitanes, mayores o tenientes coroneles: Juan Zuazua, Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Pedro Martínez, Miguel Blanco, José Silvestre Aramberri...

Participó honrosamente en la toma, por las fuerzas liberales durante la guerra de Reforma, de las plazas de Zacatecas, San Luis Potosí, Guadalajara y Calpulalpan, primero a las órdenes de Vidaurri, y cuando éste se distanció del Gobierno Federal, con los generales Degollado, Zaragoza, y González Ortega.

Durante la Intervención Francesa, a las órdenes directas del general Zaragoza asistió a varios encuentros previos a la batalla del 5 de mayo de 1862. En esa ocasión Zaragoza confirmó a Garza Ayala como jefe de su Estado Mayor y además lo nombró secretario del Cuartel General. Su comportamiento durante la batalla fue diligente, valiente y esforzado. A él correspondió redactar el parte oficial del triunfo enviado al secretario de Guerra. El documento sobrio, claro y modesto, contiene este párrafo, que encierra la grandeza de aquella acción de armas: "Las Armas Nacionales, C. Ministro, se han cubierto de gloria por ello felicito al Primer Magistrado de la República, por el digno conducto de usted; en el concepto de que puedo afirmar, con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército Mexicano, durante la larga lucha que sostuvo".

Continuó operando Garza Ayala en terrenos de Puebla, Tlaxcala y Guerrero durante un año, hasta encerrarse en la ciudad de Puebla a las órdenes de González Ortega. El sitio se prolongó durante 62 días, del 16 de marzo al 17 de mayo de 1863. Rendida la plaza al general Forey, destruido todo el armamento, quedaron los jefes y oficiales prisioneros. Se les envió rumbo a Veracruz, logrando muchos de ellos evadirse, entre los que se contaba Garza Ayala.

Siguió en la brega y prisionero de nueva cuenta, al resistir con su brigada

en Teziutlán al enemigo fue enviado a la isla de la Martinica, de la que regresó seis meses después. Año de 1864. Marchó al norte presentándose a Juárez en Monterrey, siendo nombrado jefe político del distrito del centro del Estado.

En agosto de 1864 abandonó Juárez Monterrey, y Garza Ayala se incorporó a las fuerzas del general Miguel Negrete. Después operó a las órdenes del general Escobedo, jefe del Ejército del Norte. Por su capacidad y pundonor Escobedo le dio el mando de una división, pasando después a desempeñar el cargo de segundo de él.

Su brillante actuación le valió el elogio de Escobedo. A su lado participó en los principales hechos de armas que significaron el triunfo de la República, triunfo rubricado por Escobedo en Querétaro al tomar la plaza. Fusilados Maximiliano, Mejía y Miramón el país se encauzó por el camino de la paz.

Tuvo Garza Ayala la oportunidad de prestar sus servicios del orden civil demostrando dotes de estadista. En 1869 substituyó temporalmente en el Gobierno del Estado al general Jerónimo Treviño. Por elecciones populares volvió al poder, gobernando de 1887 a 1889.

Desempeñó el cargo de Presidente del Tribunal de Justicia del Estado, dándole la personalidad que le correspondía, y cuando, alejado ya de las contiendas políticas se dedicó a la práctica de la abogacía, se le respetaba y admiraba por la limpieza de su actuación.

A los 77 años de edad, el 3 de mayo de 1913 dejó de existir. De él se puede decir que fue grande en la guerra, justo, noble y venerable en la paz.

GENERAL ALBINO ESPINOSA

Pocas noticias se tienen de la preparación escolar del general Albino Espinosa. Se le considera originario de San Luis Potosí, pero como su actuación militar la hizo durante los once años que participó en la guerra de tres años y en la siguiente de la Intervención Francesa, casi en su totalidad con jefes militares de Nuevo León, identificándose con ellos se le considera formando parte de la pléyade de ilustres nuevoleonenses que dieron su capacidad, bienestar y vida por la causa republicana, como Escobedo, Zaragoza, Zuazua, Naranjo, Pedro Martínez, Jerónimo Treviño, Lázaro Garza Ayala, José Silvestre Aramberri, Ruperto Martínez...

Impulsado por su deseo de servir a la patria se presentó a Escobedo en el rancho de El Berrendo, del municipio de Charcas, S. L. P. Su aspecto juvenil, inquieto e inteligente causaron en Escobedo magnífica impresión al grado de nombrarlo desde luego alférez.

Con entereza y afán de servicio pronto se hizo al ambiente de las armas conquistando la amistad de los superiores y el cariño de los soldados. Siempre acudía al lugar a que se le destinaba con valor sereno y un espíritu de compañerismo dispuesto a ser útil.

Después de recorrer con Escobedo la región de Matehuala y el sur de Nuevo León, llegó a Monterrey, en donde el nombre de Santiago Vidaurri era signo de mando y de triunfo.

En lo militar Zuazua era quien disponía de los movimientos de los contingentes liberales, después de las consultas con Vidaurri. Como el cacique norteño, don Santiago Vidaurri, había dominado el Estado de Coahuila y pretendía hacer lo mismo con San Luis Potosí y Tamaulipas, sus tropas incursionaban por esos territorios con cualquier pretexto.

En el secreto de estos planes estaba el general Zuazua, su brazo derecho, que sabía mandar y hacerse obedecer sin necesidad de usar procedimientos dictatoriales. De extraordinaria capacidad en ataques militares estaba atento a los movimientos y necesidades de los grupos o secciones a su mando. Para cada ocasión designaba al indicado. Cuando tuvo necesidad de enviar recursos en efectivo a la guarnición de Venado, S. L. P. designó al teniente Albino Espinosa, en quien reconoció valor y honradez a la vez suponía, como así era, que conocía la región. Con una pequeña escolta Espinosa llevó 20 mil pesos al lugar indicado sin contratiempo alguno.

Comisionado para reclutar voluntarios, reunió una compañía a tiempo que llegaba el nombramiento de capitán. Participó en el combate de Montesillos a fines de agosto de 1855, logrando mantener a su gente dentro de una admirable disciplina, a pesar de haber sufrido la primera derrota.

Cumplida la misión que se le encomendara volvió a Monterrey incorporándose al batallón que comandaba el coronel Ignacio Zaragoza. Tomó parte en todos los combates sostenidos en contra de los santanistas en Tamaulipas y San Luis Potosí.

Implantada la Constitución de la República a partir del 5 de febrero de 1857, y electo presidente el general Ignacio Comonfort era de suponerse que se impusiera la paz; pero no fue así. Los conservadores enarde-

cidos por la derrota sufrida volvieron a agitar al país, y mediante una labor de intrigas lograron que Comonfort desconociera la Constitución que había jurado sostener. En seguida fue depuesto por fuerzas de Márquez y Zuloaga.

En defensa del orden constitucional el coronel Juan Zuazua salió de Monterrey al frente de una columna rumbo al interior del país. Con él iban Zaragoza, Naranjo y Espinosa. Entre los combates que sostuvieron con éxito son de citarse el de Puesto de Carretas, del 17 de abril de 1857 y la toma de Zacatecas el 28 del mismo mes. El valor y pericia de Espinosa le valieron el ascenso a comandante, que le confirmó poco después el general Degollado.

En Jalisco, por disposición del general Degollado fue incorporado a la brigada del general Miguel Blanco participando en los combates de Atentique, Cuevitas, Guadalajara y Poncitlan.

Herido en uno de estos hechos de armas a fines de 1857, después de su restablecimiento se incorporó a las fuerzas del coronel Zaragoza participando en la toma de Silao y en la batida general del bajío hasta la entrada de nueva cuenta a Guadalajara.

En constante actividad pasó el año de 1858. Para mediados de 1859 se encontraba en San Luis Potosí a las órdenes directas del general Miguel Blanco, cuyos efectivos formaban parte de la División del Norte, comandada por el general Ignacio Zaragoza.

Con estos contingentes, los de la División del Centro, y los propios el general Santos Degollado, resolvió presentar combate a Miramón en la Estancia de las Vacas, cerca de Querétaro. El encuentro fue muy encarnizado, resolviéndose a favor de Miramón a causa de la desmoralización de los soldados liberales al caer gravemente heridos el general Santiago Tapia y el teniente coronel Albino Espinosa. El primero murió y el segundo fue atendido en Querétaro salvándose gracias a su juventud y excepcional resistencia física.

El 15 de agosto de 1860 la plaza de Querétaro quedó en poder de las tropas liberales y Espinosa marchó a San Luis Potosí incorporándose una vez más al movimiento constitucionalista. Las circunstancias prevalecientes lo obligaron en diversas ocasiones combatir contra la reacción. En un combate efectuado el 4 de septiembre de 1861 defendiendo Espinosa la plaza de San Luis del ataque del reaccionario Leonardo Márquez, por tercera vez resultó herido.

Si la reacción prácticamente había sido reducida a su mínima expresión, y consciente de su incapacidad para conquistar por sí misma el Poder solicitó y obtuvo la ayuda indigna de Francia. Otra vez Espinosa entró a la lucha: combatió a los franceses y a los mexicanos renegados en la Cumbres de Acutzingo, en la batalla del 5 de mayo de 1862 en Puebla y en los diversos combates que antecedieron al sitio de Puebla al año siguiente.

Ya con el grado de coronel regresó a San Luis Potosí en donde se dedicó a reorganizar el ejército para hacer frente a la avalancha que se les venía encima. Designado jefe de la corporación al general José López Uruga, salió con él y al atacar a Morelia recibió un balazo en el antebrazo izquierdo. Fue tan significativa su bravura que mereció se le otorgara el grado de general.

Antes de la defección de López Uruga fue distinguido con el grado de general de brigada, y al seguir Espinosa el camino del honor le ratificó ese grado el general Arteaga, el 31 de julio de 1864. Pero su destino era el del sufrimiento. En la derrota sufrida el 22 de noviembre de ese año en la que salió herido, fue hecho prisionero por los franceses y enviado a Guadalupe de donde logró escapar, trasladándose al norte incorporándose a las órdenes del general Escobedo en Mathuala.

En atención a los méritos conquistados y a la lealtad a la causa republicana de que había hecho devoción Espinosa, el general Escobedo lo designó como Cuartel Maestre del Cuerpo Ejército del Norte, con fecha 16 de agosto de 1865.

Ya con ese carácter expedicionó por Nuevo León, Tamaulipas y San Luis Potosí logrando triunfar en una serie de combates de gran significación. Dominada la frontera por los liberales faltaba asestar al golpe definitivo contra las rivalidades de los mismos republicanos en Tamaulipas. Marchó Escobedo con fuerte columna para atacar Matamoros en donde se había hecho fuerte el general Servando Canales. Espinosa estaba al frente de la reserva. El ataque final se efectuó el 27 de noviembre de 1866 y al cargar con su gente fue alcanzado por las balas del enemigo que le causaron la muerte. A dos días de distancia no pudo disfrutar de ese triunfo, ni del definitivo alcanzado en Querétaro seis meses después. Su muerte consternó a todos. Moría en plena juventud, pues apenas había llegado a los treinta y dos años de edad.

Monterrey honra su memoria al bautizar una de las calles céntricas con su nombre.

Nuevo León contribuyó en la guerra de Reforma y en la siguiente de la Intervención Francesa con esclarecidos y numerosos militares; en tratándose de civiles de relieve nacional, la cooperación fue escasa. Tal vez Oaxaca haya sido el Estado que con más brillantez haya participado. No es del caso averiguar a qué se debió esta situación, los hechos así lo determinan y basta.

Es por ello y por razones obvias de justicia incluir en la honrosa galería de los prohombres de esa época al licenciado Simón de la Garza Melo, ejemplo de valor civil, de dignidad y firmeza de convicciones. Nació en Monterrey el 24 de marzo de 1828. Todos los estudios los hizo en esta misma ciudad: los primarios con un profesor particular y los secundarios y profesionales en el Seminario Conciliar, que gozaba de justificada fama por la planta de letrados dedicados a la enseñanza. De esa institución salieron los más famosos abogados de aquella época.

El abogado tenía un radio de acción muy limitado. Dedicarse a postulante era perder el tiempo; colocarse en el ramo judicial o burocrático equivalía a ennoblecerse; el único camino a seguir era el de la política. Al recibir su título de abogado De la Garza Melo se disputaban el Poder el Partido Liberal y el Conservador. Entre ellos debía decidirse a actuar.

Su inclinación era francamente liberal. Consideraba que había llegado el momento de acabar con los privilegios de que gozaba el clero y el ejército, y de pugnar por un gobierno del pueblo y para el pueblo, como rezaba la propaganda del Partido Demócrata de los Estados Unidos del Norte, y como lo proclamó la Revolución Francesa en la carta de principios liberales, que mantenía en pie incólumes la libertad y la extinción de castas privilegiadas.

Teniendo conocimiento de que el secretario general del Gobierno del Estado don Santiago Vidaurri profesaba ideas liberales procuró relacionarse con él de manera que cuando se tuvo conocimiento en Monterrey del plan de Ayutla, del que aparecían como directores el coronel Florencio Villarreal y los generales Juan Álvarez e Ignacio Comonfort, durante algún tiempo estuvieron cambiando impresiones sobre el particular, coincidiendo en el propósito de secundar el plan aprovechando la primera oportunidad.

Vidaurri, cuyas ambiciones había constreñido durante años consideraba llegada la ocasión de actuar. Para el efecto, y siempre de acuerdo con Garza Melo, fue pulsando la tendencia de algunos jóvenes, que por no

concordar con los elementos conservadores que detentaban el poder, logró hicieran causa común con ellos.

En tanto Vidaurri se ponía en contacto con algunos militares enemigos del gobernador, Garza Melo continuaba preparando el ambiente con magníficos resultados.

En el momento oportuno salió Vidaurri sigilosamente de Monterrey con rumbo a Lampazos, en donde lo esperaba don Juan Zuazua, con un numeroso grupo de hombres armados.

Hechos los preparativos de rigor el 13 de marzo de 1855 proclamaba Vidaurri el Plan Restaurador de la Libertad. De inmediato se adhirieron al movimiento los jefes Ignacio Zaragoza, José Silvestre Aramberri y Mariano Escobedo. Ya con fuerza suficiente aun cuando sin la cooperación material de ellos, por encontrarse distantes del lugar, atacaron a Monterrey apoderándose de la plaza el día 23 del mismo mes, después de una inútil y débil resistencia del general Gerónimo Cardona, Gobernador del Estado. A partir de ese momento todos reconocieron a Vidaurri como jefe de los insurrectos y como Gobernador del Estado.

Como quiera que no se había hecho declaración expresa de que la insurrección fuese en acatamiento del Plan de Ayutla, al tenerse conocimiento de que Comonfort había entrado a Guadalajara y de que Doblado había dominado al santanismo en Guanajuato, Vidaurri designó al licenciado De la Garza Melo para que se trasladara y asistiera a la reunión que allí se efectuaría con el fin de unificar la acción revolucionaria con base en el Plan de Ayutla. Mediante los acuerdos respectivos al triunfo de la revolución don Juan Álvarez asumiría la Presidencia de la República y don Ignacio Comonfort quedaría como su segundo.

Ocupó Garza Melo una curul en el Congreso Constituyente siendo diputado suplente en atención a la muerte del propietario don José María Viesca Montes, que representaba el primer distrito de Coahuila. Su actuación en el Congreso fue de clara tendencia liberal, distinguiéndose en las discusiones por su preparación académica y recta trayectoria radical.

En el primer Congreso de la Unión, después del constituyente, Garza Melo fue electo diputado por el Distrito correspondiente a Cadereyta Jiménez, manteniendo su postura de liberal puro, a pesar de las amenazas de los conservadores que a toda costa pretendían acabar con la nueva Constitución.

Al dar Comonfort, Presidente de la República, el golpe de Estado del 17 de diciembre de 1857, Garza Melo se declaró contrario a tal acto habiendo sido puesto en prisión juntamente con don Benito Juárez, Presidente de la Suprema Corte y del doctor Isidro Olvera, Presidente del Congreso.

Durante la guerra de Reforma se mantuvo al lado de Juárez, y cuando Vidaurri desconoció a Juárez, Garza Melo rompió definitivamente con Vidaurri.

Triunfante la guerra de tres años, siendo diputado al Congreso de la Unión de 1861 a 1863, al declararse la guerra con Francia, estando los poderes de la Unión en San Luis Potosí, en su carácter de secretario de la Cámara de Diputados firmó enérgica protesta contra la Intervención Francesa.

Durante la estancia de Juárez en Monterrey en su peregrinación rumbo a Chihuahua ocupó el Gobierno del Estado durante 2 meses, signo inequívoco de la confianza que le tenía don Benito Juárez. De 1867 a 1871 ocupó la Presidencia del Tribunal Superior de Justicia. Dedicó mucho tiempo al periodismo distinguiéndose por la claridad de sus escritos en prosa y por la inspiración de sus poemas. Desempeñó en el Colegio Civil la cátedra de Retórica y Poética.

A los 47 años de edad dejó de existir el licenciado don Simón de la Garza Melo siendo sepultado con los honores correspondientes a general de división en el Panteón Municipal No. 1, siendo trasladados en 1924 a la Ronda de los Hombres Ilustres del Panteón de Dolores.

GENERAL JERÓNIMO TREVIÑO

Entraba México a una de las etapas más difíciles de su turbulenta historia. Desde la Independencia del país de la dominación española la paz había significado el fugaz vuelo de la paloma. Federalistas y centralistas no dejaban de pelear por el triunfo de sus ideas, que en el fondo eran las que formaban el pensamiento liberal de una parte, y de la otra, mantener en pie los privilegios de que gozaban los dignatarios del alto clero y los militares de alcurnia.

Por undécima vez llegaba al Poder el general Antonio López de Santa Anna. Agobiado por el peso de los años; pero mucho más por la agitada vida a que lo había empujado su destino, nunca satisfecho por su afán des-

medido de mando y de poder, buscó la línea de menos resistencia según él, y se entregó de plano al grupo conservador. Olvidando viejas amistades de liberales, engreído con su influencia se dedicó a dilapidar, a crear impuestos increíbles, como el de puertas y ventanas y a actuar como si fuese el dueño del país.

Algo había que hacer para atajar aquella avalancha de arbitrariedades. Surgió la clarinada en Ayutla, Guerrero. El coronel Florencio Villarreal lanzó el Plan de Ayutla encontrando rápida respuesta favorable en todo el país. Transcurría el mes de marzo de 1864. Las noticias que llegaban a la provincia informaban que el movimiento reformador lo encabezaban los generales don Juan Álvarez y don Ignacio Comonfort.

Durante esos acontecimientos gobernaba Nuevo León el general Jerónimo Cardona, actuando de secretario general de Gobierno don Santiago Vidaurri, individuo de despierta inteligencia, audaz y de iniciativa propia. Al tanto de los acontecimientos pensó en la posibilidad del triunfo de la revolución, lo que significaría para él la ruina. Quienes lo trataban de cerca tenían la impresión de que servía a un gobierno con el que no estaba de acuerdo; él hablaba del liberalismo como de los principios que salvarían a la nación.

En esa época el joven Treviño, que había nacido el 22 de noviembre de 1836, en la hacienda de "La Escondida" del municipio de Cadereyta Jiménez, N. L., tenía 19 años de edad; influenciado por el éxito de Vidaurri, al triunfar el Plan "Restaurador de la Libertad", proclamado en apoyo de la Revolución de Ayutla, y tomando en cuenta que contaba con la cooperación de guerrilleros de la talla de Zuazua, Escobedo, Zaragoza y Aramburri, se dio de alta en las filas liberales con cuyos principios comulgaba.

Cuando el general licenciado Juan José de la Garza, caudillo tamaulipeco, por órdenes del general Comonfort, Presidente de la República, marchó sobre Monterrey con el fin de someter al orden al inquieto cacique nuevoleonés, derrotando en Cadereyta Jiménez al entonces coronel Mariano Escobedo, en los combates que se efectuaron con ese motivo realizó Treviño su primer hecho de armas.

Se dieron cuenta sus superiores de que reunía las condiciones de valor y resistencia física para la azarosa carrera militar. Joven, fuerte, satisfecho porque emprendía una aventura de acuerdo a sus inclinaciones políticas, no pensó más que prepararse teóricamente en el arte de la guerra, que la práctica la tendría en forma más intensa de lo que pudiera imaginarse.

Largo sería enumerar cada una de las acciones de armas en que participó,

siempre con entereza y valor. Los grados de alférez a general de división los obtuvo en el campo de batalla. Como el Cid Campeador su descanso era el combate. En varias ocasiones recibió heridas; pero apenas repuesto volvía a la brega con el mismo entusiasmo, diríase que la guerra era para él cosa connatural.

Son de citarse como ejemplos de sus actividades guerreras los triunfos logrados en las batallas de Santa Isabel y de Santa Gertrudis, que decidieron el triunfo definitivo de la República en el noreste del país, en contra de las aguerridas tropas francesas y no menos valientes tropas reaccionarias mexicanas. Quedó así abierto el camino hacia la capital de la República. Finaba el año de 1866 y organizadas las tropas republicanas emprendieron la marcha triunfal tratando de acabar con las últimas resistencias del enemigo.

Llegaron al corazón de la nación a Querétaro, en donde los restos del llamado Imperio se hicieron fuertes. El general Treviño al frente de las 2a. y 3a. Divisiones del Norte se batió con bizarría, resultando herido en una de las cargas de caballería que le habían dado tanta fama.

Sobre este particular don Juan de Dios Frías en su obra *Ejército del Norte*, refiriéndose concretamente a la batalla de Santa Gertrudis dice: "Las caballerías quedaban a las órdenes del formidable Jerónimo Treviño, que ocho días antes había sido merecidamente nombrado general de brigada".

Se cuenta como una de sus hazañas la travesía que hizo desde Oaxaca hasta Nuevo León, con un pelotón de soldados de caballería, cuando el territorio nacional estaba casi controlado por los franceses y reaccionarios. Demostró con ello disciplina al cumplir la orden, habilidad para burlar al enemigo y admirable resistencia física y moral.

Triunfante la República regresó a Nuevo León. Fue electo Gobernador del Estado para el período de 1867 siendo reelecto por tres veces. En los interinatos por ausencias ocuparon su lugar el general licenciado Lázaro Garza Ayala, licenciado Trinidad de la Garza y Melo, doctor José Eleuterio González y licenciado Genaro Garza García. Se distinguió la actuación del general Treviño por su empeño, por la educación primaria, grado de asegurar que lograría erradicar en el Estado el analfabetismo.

Asistió a más de cuarenta combates formales y fue honrado con 20 condecoraciones de las más preciadas.

Andando el tiempo, de íntimo amigo del general Porfirio Díaz pasó a la oposición. Siempre el general Díaz desconfió del grupo de generales de

Nuevo León, que encabezaba el general Escobedo, y aun cuando por Treviño sentía especial estimación, no por ello lo trataba como merecía.

Al iniciarse la Revolución Constitucionalista, en marzo de 1913, don Venustiano Carranza envió una comisión para proponerle la Jefatura, la que no aceptó alegando que por su edad no estaba en condiciones de enfrentarse a una actividad en la que la fuerza física ocupa primerísimo lugar; pero dio a entender que simpatizaba con el movimiento y como muestra de ello renunció como jefe de la Zona Militar.

Salió del país radicándose en Laredo, Tex., en donde falleció en 1914. Sus restos fueron traídos a Monterrey dándoseles sepultura con los honores de ordenanza, que estuvieron a cargo del Ejército Constitucionalista.

LICENCIADO MANUEL Z. GÓMEZ

Se trata de un personaje que merece la recordación con el grado de hijo predilecto de Nuevo León. Desde que adquirió nociones de la vida y sufrió las consecuencias de la inestabilidad de las instituciones públicas, se alistó en las filas liberales dentro de las que recibió honores; pero contaron más, mucho más los sinsabores que lo fustigaron, sin que su espíritu flaqueara ni por un momento. Fue de los predestinados a ocupar en la Historia Nacional un lugar prominente.

De sus antecedentes nos habla, con pleno conocimiento de causa, el doctor Rodolfo Arroyo Llano, bisnieto de don Manuel Z. Gómez, en su artículo "Trazo Biográfico del licenciado Manuel Z. Gómez", publicado en la revista *Roel*, de Monterrey, de junio de 1972. Dice: "Nació en Linares, N. L. el 4 de noviembre de 1813. Hijo de Don Salvador Gómez de Castro y de Doña Rosalía Valdés, españoles. Según acta de nacimiento fueron sus padrinos Don Manuel Gómez de Castro y Doña Ana María Gómez de Castro (tíos). Don Manuel había sido el segundo Gobernador del Estado Libre y Soberano de Nuevo León".

Había llegado al mundo don Manuel cuando se debatía en los campos de batalla, con la voz ronca de los cañones la independencia de México de la Corte Española.

Apenas contaba con ocho años de edad cuando las multitudes, enardecidas de júbilo aclamaban en las calles de México la entrada del Ejército Trigarante a cuya cabeza marchaban los generales Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide.

En Nuevo León apenas si meses después se tuvo conocimiento de tan gran suceso. En forma dudosa se decía que la jura había sido en julio, para afirmarse después que fue en noviembre del mismo año de 1821.

Hecho éste y los que siguieron en la turbulenta época de la niñez y juventud de Manuel Z. que contribuyeron a formar un carácter firme, tezonero, capaz de resistir las alternativas de los azarosos vaivenes de la vida pública.

En Linares abrevó el niño Gómez las primeras letras, enviándolo sus padres a la ciudad de México en donde realizó los estudios superiores hasta adquirir el título de Licenciado en Leyes. Entonces se le presentó, ya de manera formal el camino a seguir.

Existía en él tremenda confusión ideológica. Los comentarios sobre la situación del país, alrededor del centralismo, que se entendía como la prolongación de la Colonia, con sus clases sociales perfectamente clasificadas y los privilegios del clero, la nobleza y el ejército y por otra parte el federalismo influenciado por las corrientes del liberalismo procedentes de Francia y de los Estados Unidos del Norte lo habían colocado en la posición de tomar partido. Y lo tomó en forma tal que sería en su vida definitivo. Abrazó la causa liberal del federalismo.

Su aversión al dictador Santa Anna le produce varios trastornos. Residiendo en Tampico en 1844 se ve obligado a emigrar, radicándose en San Luis Potosí, y entre idas y venidas, sin perder el contacto con Nuevo León, es electo diputado en 1848. Durante la Presidencia del general Mariano Arista, de 1851 a 1853 desempeña varios puestos administrativos. Como poco después regresa al Poder Santa Anna y fuese perseguido, se expatrió a los Estados Unidos del Norte, compartiendo el destierro con Juárez, Ocampo, Mata, Arriaga y algunos liberales más.

Al tomar cuerpo la Revolución del Plan de Ayutla, en tanto que un buen grupo de mexicanos, con Juárez, se embarcan rumbo al puerto de Acapulco, el licenciado Gómez se dirige a Brownsville y de allí pasa a Matamoros para incorporarse a la fuerza comandada por don Santiago Vidaurri y don Juan Zuazua, cuyo centro de operaciones se encuentra en Lampazos, N. L. Atacan a Monterrey, plaza defendida por el Gobernador, general Jerónimo Cardona y la toman el 23 de mayo de 1855, cayendo prisionera la mayor parte de la oficialidad y de los soldados, principiando una nueva etapa en la que la figura de Vidaurri adquiere relieves nacionales.

Forma parte del Congreso Constituyente, en representación del Distrito

de Linares. Su papel es de perfiles radicales contándose entre los liberales "puros".

No habían pasado las fatigas cuando nuevamente se sacude el país con el golpe de Estado de Comonfort, al desconocer la Constitución que días antes había jurado sostener. El general Márquez, de la aristocracia conservadora, aprovechando el desconcierto provocado por Comonfort lo depone colocando en su lugar al general Félix Zuloaga.

Se inicia el crucial período de la Guerra de Tres Años. Siguiendo las rudas campañas del Ejército del Norte el licenciado Gómez actúa como secretario del general José Silvestre Aramberri, después se une a Zuazua para continuar con Zaragoza, al mismo tiempo que atendía los trabajos urgentes cuando el general Jesús González Ortega, general en jefe de los contingentes que operaban en el centro del país, preparaba minuciosamente la batalla definitiva que daría contra Miramón.

Se encontraron ambas fuerzas en Calpulalpan, resolviéndose la batalla en favor de los liberales. Pocos conservadores se salvaron. El desastre fue aplastante.

¿Y después? No conformes los conservadores con la derrota pugnaron por la Intervención Francesa. En esa etapa dolorosa el licenciado Gómez siguió sin desmayo la causa republicana. A la muerte del general Ignacio Zaragoza, poco tiempo después del glorioso triunfo del 5 de mayo de 1862, se da tiempo para escribir su biografía, trabajo que ha servido de patrón a los historiadores.

Cuando las circunstancias de la guerra obligaron a Juárez a emprender dura marcha hacia el norte, durante su estancia en Monterrey, febrero 12 de 1864, lo aloja en su domicilio, situado en el local ocupado actualmente por el Banco Regional del Norte, Padre Mier y Galeana, desafiando la ira de Vidaurri, distanciado ya de Juárez.

A su regreso el Presidente Juárez, en junio, lo designa Gobernador del Estado y comandante militar, en substitución de don Jesús Ma. Benítez y Pinillos, que había renunciado.

Sigue Juárez su camino hacia Chihuahua, y al rompimiento final con Vidaurri, el licenciado Gómez le sigue fiel adoptando la línea de conducta de Escobedo, Naranjo, Aramberri, Treviño, Martínez, Espinosa...

Al lado de estos jefes sigue el licenciado Gómez luchando. Sacrificios incontables, y como Juárez con una fe inquebrantable en el triunfo. De nueva

cuenta ocupa el Gobierno del Estado el 7 de noviembre de 1866, substituyendo al general Escobedo que sale al centro del país, como general en jefe del Ejército del Norte. Su bitácora señalaba la ciudad de Querétaro en donde acabaría con el llamado Imperio mexicano, dejando en el Cerro de las Campanas los cadáveres de Maximiliano, Mejía y Miramón.

Durante un año don Manuel Z. Gómez gobernó el Estado, atendiendo todos los ramos administrativos con empeño y devoción. Dejó huellas luminosas de un trabajo apasionado y honesto.

Falleció en su domicilio campestre situado en San Jerónimo, a corta distancia de Monterrey, el 27 de julio de 1871, a los 58 años de edad.

CORONEL RUPERTO MARTÍNEZ

Si se reconoce el mérito en el hombre letrado que ha prestado servicios honrosos a la patria, con mayor razón debe rendirse homenaje a quienes sin la ilustración que da la cultura nimbaban su vida con hechos gloriosos.

Es el caso del coronel Ruperto Martínez, originario de Higuera, N. L. Nació en la que antes fue hacienda de Santa Teresa de las Higuera, el 16 de mayo de 1831. Se casó allí con María Abrahama Treviño de cuyo matrimonio nacieron seis hijos: José, Porfiria, Filomena, Jesús Ma., Ignacio y Francisca.

Mantén a la familia con el producto de las tierras que cultivaba, y dejaba tiempo para leer, de preferencia cuanto se refería al movimiento político del país que era tanto como decir a la revolución que se iba y a la que llegaba. En su fuero interno sentía impaciencia y dolor por tantos vaivenes. Todos hablaban de salvar a la patria, pero ¿quién tenía la razón?

En el pueblo se le veía con simpatía y respeto. Su palabra era acatada sin replicar porque siempre estaba dispuesto a servir y en sus tratos el cumplimiento era su norma. Todo periódico, folleto o libro que alguien recibía lo pasaba de inmediato a don Ruperto.

Así se enteró del levantamiento de Vidaurri en Lampazos en contra del Gobierno de Santa Anna, y posteriormente de la toma de Monterrey, acabando con el desbarajuste del Gobernador, general Jerónimo Cardona. No faltaron amigos que le invitaron a jefaturar un grupo de vecinos para ayudar la causa de Vidaurri. No aceptó por lo pronto esperando una oportunidad propicia.

No faltó quien le informara al coronel Julián Quiroga del valimiento de Ruperto Martínez, y en persona fue a Higuera para invitarle a colaborar en el ejército libertador. Para mayor atractivo le ofreció el grado de comandante.

Resuelto a enrolarse en el ejército que consideraba defendía una causa noble, con 30 jinetes se presentó al coronel Quiroga. Se le recibió con muestras de simpatía, fue presentado a Vidaurri, el que le causó buena impresión por su trato amable.

Durante dos años desempeñó diversas comisiones militares a satisfacción de Vidaurri, que seguía siendo la primera figura en los Estados de Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila.

Sin embargo, Ruperto Martínez no estaba de acuerdo en esa actitud de Vidaurri de pretender que no hubiese autoridad alguna sobre la de él, incluso la federal. Como Martínez admiraba a Juárez le parecía aquella arrogancia de Vidaurri fuera de todo orden moral y legal.

Su inconformidad llegó al máximo cuando, estando Juárez en Monterrey, en condiciones conflictivas por la Intervención Francesa, no tan sólo no lo atendió como merecía su carácter de Presidente de la República, sino que pretendió agredirlo. Y precisamente al ordenar Vidaurri el atrincheramiento en la ciudadela, él con los soldados que lo quisieron seguir tomó el camino de Higuera, en espera de los acontecimientos.

Se le tuvo como desertor, enviándose un pelotón de cien soldados para someterlo al orden. Preparado como estaba recibió a los emisarios con nutrido tiroteo que los desconcertó, dejando en el campo varios muertos, heridos y todo el armamento que llevaban.

Sin pérdida de tiempo, tomando el camino de Villa García fue a incorporarse al general Miguel Negrete, que comandaba las fuerzas de Juárez, con centro provisional de operaciones en Saltillo. Se le recibió con agrado, convirtiéndose con el tiempo en un elemento de gran valía.

Cuando volvió Juárez a Monterrey el 3 de abril del mencionado año de 1864, Ruperto Martínez quedó adscrito al cuerpo de ejército en formación al mando del general Mariano Escobedo.

Se le encomiendan diversas comisiones que desempeña con toda atinencia, especialmente la vigilancia de Monterrey durante la estancia de Juárez, y el reclutamiento de voluntarios, logrando por su parte aumentar el contingente a su mando a 300 hombres armados y montados.

Abandonado Monterrey por Juárez y su séquito el 15 de agosto del 64,

Ruperto Martínez continúa al lado de Escobedo realizando una serie de acciones de guerra por Matehuala, Mineral de Catorce, Dr. Arroyo y Galeana, en todos los casos con éxito, valiéndole el ascenso a teniente coronel.

Después participa en la batalla de Santa Isabel, el 10 de marzo de 1866, batiéndose con heroísmo al frente de los rifleros de Nuevo León, al mando del coronel Jerónimo Treviño. El triunfo fue espectacular y de efectos enormes en el ánimo ya decaído de los franceses. Dejaron en el campo de batalla 118 franceses, inclusive el jefe Brian y 13 mexicanos imperialistas, además de 81 franceses prisioneros y 85 reaccionarios, y cantidad muy considerable de armas, municiones e impedimenta.

Principiaba en el norte el fin de la estancia imperialista. Escobedo se empeñaba por violentar las operaciones, y todos los jefes rivalizaban en la preparación. En estos menesteres la actividad incansable de Ruperto Martínez se sobreponía a toda contingencia, reclutando gente y cuidando los caminos que conducían a Monterrey. Se realiza la batalla de Santa Gertrudis de resultados todavía más desastrosos para los franceses. Ruperto Martínez con 600 dragones mantiene sin movimiento a los franceses que marchan al encuentro del enorme convoy que procedente de Matamoros va hacia Monterrey.

El general Escobedo en brillante maniobra, sin enemigo a la retaguardia, atacó a la columna francesa en las lomerías de Santa Gertrudis, Camargo. Las cargas de caballería y las bizarras descargas de fusilería de las infanterías envolvieron a los franceses y colaboradores mexicanos y les causaron bajas de tal manera que no pudieron organizar la defensa. Amanecía el día 16 de junio de 1866, y todavía el sol no calentaba cuando se declaraba el triunfo republicano al son de los clarines y gritos de entusiasmo.

Botín recogido: 13 cañones, más de mil caballos, 100 carros con mercancías, y toda la impedimenta. Bajas del enemigo: 396 muertos, 166 heridos y 1,000 prisioneros. Por 150 muertos y 100 heridos de los republicanos.

Fue el toque definitivo de marcha de los franceses de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, y del general Escobedo para seguir al centro del país hasta Querétaro en donde tuvo el honor de rendir el último baluarte del llamado Imperio Mexicano. En el sitio y toma de Querétaro, Ruperto Martínez, ya con el carácter de coronel participó en forma distinguida.

Después, minada su salud, con permiso regresó a su pueblo, Higuera. Como sus dolencias se agravaron fue trasladado a Monterrey en donde murió el 20 de julio de 1868, a los 38 años de edad. Dio su vida en servicio de la patria.